

En nombre del antimperialismo



Tiempo de lectura: 5 min.

Lun, 04/09/2017 - 00:02

En *El Murciélago*, primera novela policial de una larga lista del magnífico escritor noruego Jo Nesbø, un asesino en serie a quien el comisario Harry Hole enrostró su patología, dijo: *"Pero la enfermedad es normal, Harry. Es la ausencia de enfermedad lo que es peligroso porque el organismo deja de luchar y acto seguido se desintegra"*.

Interesante: a su modo el asesino repetía una de las tesis centrales del psicoanalista Donald Winnicott, tesis que más o menos dice así: *la enfermedad protege al paciente*

de sí mismo.

Sometida a reflexión, la tesis se entiende perfectamente. Por una parte, la enfermedad del paciente permite activar su organismo luchando en contra de un peligro, real o imaginario. Por otra, cuando es psíquica, la separa de su organismo mental y la sitúa en un objeto externo evitando así la desintegración del ser.

Debo agregar que cuando subrayé el párrafo de la novela de Nesbø, mi interés estaba centrado en el análisis de la función que cumplen las ideologías en los llamados organismos colectivos.

Efectivamente: desde hace tiempo mantengo una sospecha: así como las patologías son ideologías individuales, las ideologías son –o pueden llegar a ser- patologías colectivas. Y en eso pensé de nuevo cuando leí dos declaraciones emitidas en Francia. Una por el presidente Macron. Otra, por su opositor de izquierda, Mélenchon. El tema, para variar, es Venezuela.

En Venezuela hay una dictadura – fue el dictamen de Emmanuel Macron-. El objetivo de esa afirmación no era solo descalificar a Maduro sino, además, acorralar a sus opositores de izquierda, sobre todo a esa fracción llamada *Francia Insumisa* comandada por Jean Luc Mélenchon cuyas simpatías por la dictadura venezolana son muy conocidas.

La respuesta de Mélenchon fue la esperada. *"Sin importar qué errores cometan nuestros amigos, nosotros no perdemos de vista que el principal responsable del mal, del desorden y de la guerra civil es el imperialismo estadounidense"*. A su lado estaba Rafael Correa, aliado tradicional de Caracas (*El País* 29.08. 2017.)

Afirmar que el imperialismo determina todo lo que ocurre en un país puede ser expresión de una fijación patológica, de una programación ideológica o simplemente de una coartada destinada a exculpar malhechores. O de las tres cosas a la vez, dependiendo del enfoque. En todo caso, debido a su alto grado de irracionalidad, es una tesis imposible de ser discutida.

Hubo un tiempo en los cuales yo recurría a argumentos para tratar de explicar que la teoría del imperialismo norteamericano fue un derivado de la teoría del imperialismo de Hilferding, Hobson y Lenin, pero aplicada a un solo país. Que el creador “científico” del término “imperialismo norteamericano” fue Stalin. Que comparado con los imperios británicos, francés y holandés, el de los EE UU fue de

bajo nivel. Que la URSS también fue un imperio y que en la actualidad la política exterior de USA es menos imperial que la de Rusia. Que en tiempos de globalización es un absurdo hablar de imperios nacionales, y, y, y, y. Todo en vano. Hube de darme por vencido. Más fácil convencer a un Testigo de Jehová de la inexistencia de Dios que a un anti imperialista de que el imperio no explica a toda la historia del universo.

Los antimperialistas necesitan de la existencia del imperio para ser antimperialistas del mismo modo como las sectas diabólicas necesitan del demonio. El imperialismo es, para ellos, el objeto de agresión que permite ordenar su organismo material y psíquico. Sin imperio ni imperialismo, su visión del mundo, su orden simbólico, su razón de ser, todo lo que han sido y son, se vendría estrepitosamente al suelo.

Sin la protección de la idea sobredeterminante del imperio, los asesinatos cometidos por los llamados gobiernos antimperialistas –y desde el Gulag son demasiados– serían simplemente lo que son: asesinatos. Esa y no otra es la razón por la cual Mélenchon inventa la mentira de que las cárceles de Maduro, los jóvenes asesinados en las calles, la corrupción sin límite denunciada por Luisa Ortega Díaz, la supresión de la AN elegida por el pueblo y su sustitución por una constituyente producto de un fraude monstruoso, todo eso y mucho más, solo son explicables a partir de esa entidad llamada imperialismo norteamericano.

Una de dos: o estamos frente a un caso extremo de enajenación, o simplemente ante la inmoralidad de un sujeto llamado Mélenchon (puede ser Pablo Iglesias, Evo Morales o el senador chileno Alejandro Navarro; da lo mismo) que utiliza la coartada del imperialismo norteamericano para justificar a un “gobierno amigo”. Sin descartar la primera alternativa, nos inclinamos más bien por la segunda posibilidad. La razón es la siguiente: no es la primera vez que ocurre algo parecido.

Quienes están al tanto de la historia de la ex DDR saben que la dictadura de ese país justificaba todos sus crímenes en nombre del antifascismo. El antifascismo llegó a ser para la “nomenklatura” del Este alemán, una coartada destinada a legitimar todas las aberraciones cometidas por la dictaduras de Ulbrich primero, de Honecker después.

Las matanzas de obreros en Berlín, el año 1953, fueron explicadas como un acto heroico en contra del revanchismo fascista. La supresión de los derechos básicos, de opinión, de prensa y sobre todo, de movimiento, eran dadas a conocer como

medidas para combatir el resurgimiento del fascismo. El mismo muro, esa vergüenza de la historia, fue presentado como una barrera destinada a detener el avance del fascismo. Hubo de aparecer el libro de la politóloga Antonia Grünenberg, *Antifaschismus - Ein deutscher Mythos* (antifascismo, un mito alemán) Rowohlt Verlag, Reinbek 1993) para que muchos alemanes del Este cayeran en cuenta del chantaje moral a que habían sido sometidos. La cantidad de crímenes cometidos en nombre del antifascismo era simplemente gigantesca, solo superados por los cometidos en nombre del antimperialismo.

Tanto el antifascismo como el antimperialismo, sobre todo en su forma inicial, la de anticolonialismo, fueron lemas que movilizaron a multitudes de jóvenes idealistas. Nadie llegó a imaginar como principios tan nobles serían alguna vez utilizados para justificar a dictaduras, tal como justifica a la de Maduro, el inefable Mélenchon.

Si las razones “antimperialistas” que motivan al dirigente de la izquierda francesa son ideológicas, psíquicas, o simplemente el producto de una maldad no banal, solo lo sabe el mismo. Lo que seguramente no sabe es que con esas declaraciones está liquidando, quizás para siempre, a la propia noción de izquierda nacida precisamente en Francia como expresión de la libertad y no para justificar a dictaduras corruptas como la de Maduro en Venezuela.

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)